

Trascendente logro de este decenio

EN diversas oportunidades he señalado que uno de los requisitos contemporáneos más fundamentales para una democracia seria, eficiente y estable, consiste en un grado de desarrollo integral del país respectivo, que comprometa al grueso de la ciudadanía con el sistema y con su preservación, fruto de los beneficios espirituales y materiales que de ello reporte.

Por el contrario, cuando en una sociedad existe un porcentaje apreciable que no recibe beneficios significativos del sistema político y social imperante, resulta lógico —e incluso inevitable— que ese sector no experimente una adhesión sólida al sistema en que vive, transformándose en fácil caldo de cultivo para cualquier aventura demagógica o extremista. De ésta no tiene nada que perder y todo que esperar.

Insisto que lo anterior tiene mucho que ver con el colapso sufrido por nuestra democracia entre 1970 y 1973, y con su erosión en las décadas previas por obra de la demagogia, que facilitó la embestida y el auge del marxismo-leninismo.

En efecto, la solidez y estabilidad de nuestra democracia tradicional es-

tuvieron muy ligadas a su carácter más o menos restringido, propio del siglo pasado y de los primeros decenios del actual.

EL posterior advenimiento de la moderna sociedad de masas encontró a Chile en un grado de desarrollo económico, social y educacional abiertamente insuficiente para el desafío político que dicha realidad le planteó. Al incorporarse a la vida política un sector importante del país que vivía en la miseria económica y la marginación cultural, quedó colocada una bomba de tiempo sobre el sistema democrático entonces vigente, hacia el cual esos grupos socia-



les comprensiblemente no sentían compromiso alguno.

La prédica marxista contra la "democracia burguesa" tuvo así un eco creciente, hasta permitirle acceder al gobierno y destruir nuestra institucionalidad democrática.

De ahí la trascendencia que atribuyo al énfasis en lograr niveles de progreso socioeconómico y sociocultural relevantes para asentar nuestra futura democracia sobre bases más estables.

“El crecimiento del promedio de escolaridad de 4,3 años a 7,5 años destaca como factor decisivamente favorable para una mayor estabilidad democrática futura...”

ESTE planteamiento ha solidificado caricaturizarse simplificándolo como la supuesta intención de reducir la solidez y estabilidad de una democracia a un mero subproducto del crecimiento económico.

Ahora bien, es obvio que lo que sostengo nada tiene que ver con esa deformación caricaturesca. No afirmo que el grado de desarrollo integral del país constituya el **único** elemento del cual penda su estabilidad democrática futura, pero sí que resulta **uno** de los más importantes. Y, sobre todo, no me refiero al simple crecimiento del producto como medida del desarrollo integral, sino que abarco en este concepto a todos los avances socioeconómicos y socioculturales que mejoren más gravitadamente la calidad de vida de los chilenos.

En tal sentido, la información dada esta semana por el Ministro de Educación, en cuanto a que el promedio de escolaridad del país ha crecido en el último decenio de 4,3 años a 7,5 años representa uno de los logros más trascendentes del período, cualquiera sea el ángulo desde el cual se le mire.

Junto a su significado ético y cultural, él destaca en sus proyecciones políticas como factor decisivamente favorable para una mayor estabilidad democrática futura.

A lo que gobiernos anteriores hicieron como extensión cuantitativa de la educación, el actual ha añadido un mejoramiento cualitativo que, más allá de apasionamientos políticos, debe valorarse en su histórico significado.